

los homenajes a escritores, los paisajes propios y ajenos del eterno vagabundo. En "La rosa primitiva", un texto de los 50. Huerta hace una propuesta que bien puede valer como un arte poética todavía hoy:

Ama con sencillez, como si nada.  
 Sé dueño de tu infierno, propietario absoluto  
 de tu deseo y tus ansias, de tu salud y tus odios.  
 Fabricate, en secreto, una ciudad sagrada,  
 y equilibra en su centro la rosa primitiva.  
 Al pueblo y a la hembra que enciendan cuanto  
 hay en ti de hermoso,  
 y murmuren mensajes en tus oídos frágiles,  
 debes verlos con santa melancolía y un  
 aire desdénoso  
 mandarlos hacia nunca, hacia siempre,  
 hacia ninguna parte

Su afiebrada sensualidad provoca un desfile de cuerpos y rostros femeninos, anónimos o no: como en Dario (a quien dedica un apasionado "Responso..."), la carne es un absoluto del que sólo se tiene noticia a través de encuentros azarosos. El fauno celebra muchos triunfos y travesuras con sus ninfas, pero al final no se corona de laureles, sino con la ceniza de la derrota y la fatiga:

¡Buenos días, cazadora, flechadora del  
 alba, diosa de los crepúsculos!  
 Dejo a tus pies un poco de anhelo juvenil  
 y en tus hombros, apenas,  
 abandono las alas rotas de este poema

La pasión carnal se expresa con intensidad al mismo tiempo que se la critica por la vía del humor (el amor físico visto al trasluz, como barato amorío nocturno) y de la serena piedad (el poeta-Don Juan convertido en víctima de sus víctimas, enamorado irremediablemente de su presa). El ánimo juguetón e inventivo de Huerta campea por todo el libro. La gracia de su lenguaje poético está en esa mezcla impura de la cita literaria y la obscenidad, del hallazgo lírico y el chispazo burlón, del retruécano y el chiste. Un ejemplo máximo es el divertido "Manifiesto nalgaista", turbulenta celebración del sexo como frenesí orgiástico, tan llena de resonancias y parodias darianas:

Nalgaista hasta la médula de los huesos  
 (dije huesos)  
 hasta la marcha desesperación  
 hasta los hígados  
 Así me tienes  
 a tus pies rendido  
 pequeñamente de ladito como el oficante

de los fracasos rey amargo  
 pero no lo digáis  
 no digáis  
 que agotado mi tesoro  
 tampoco  
 tampoco  
 tampoco la toquéis  
 ni con el pétalo de un maguey

Los juegos de palabras ("lo virginal no quita lo caliente", "los más feroces estudios obscenográficos"), las aliteraciones ("la leve luz lamida por los álamos", "largo como la larga ele del áureo venablo libidinoso"), el uso enormemente expresivo del adverbio ("¿Amar golpeadamente/húmedamente, a puño limpio...?) y el superlativo ("¡Oh seductora seducidísima!... ¡Ah vencedora vencidísima!"), dan a la poesía de Huerta su vivacidad y encanto peculiares. No siempre esos mecanismos liberadores funcionan en la dirección correcta y la hacen encallar en un sentimentalismo fácil, cuando no en una gastada mitología popular. Pero cuando no ocurre esto — y es la mayoría de las veces —, cuando uno siente aflorar bajo la superficie pintoresca y rudemente comunicativa, una sedicente ternura y una visión resignada ante la fatalidad y la crueldad de la vida, no cabe duda de que estamos ante un verdadero poeta — alguien que nos ofrece sin retaceos su corazón y sus tripas. O, como él dice: "Un cántico de tristeza, gozosamente lamentoso".

PREMIADAS  
**OBRAS**  
 DE  
**ELOQUE  
 NCIA  
 Y POESÍA**

**Obras**  
 de Francisco A.  
 de Icaza

► Edición y estudio preliminar de Rafael Castillo  
 Fondo de Cultura Económica, 1980, 1268 pp.

**Ramón Xirau**

La obra de Francisco A. de Icaza (México, 1863-Madrid 1925) y especialmente su poesía, ha sido leída por una pequeña minoría de escritores y críticos a lo largo de los años. No puede decirse, con todo, que fuera de verdad conocida ni vista como merece serlo — vista como la conciencia de un gran historiador, un espléndido y agresivo crítico, un poeta en el cual el matiz, lo entredicho, lo vislumbrado, se manifiestan de modo originalísimo. ¿Cómo explicar el olvido de Francisco A. de Icaza? ¿hombre que pertenece a dos países — España y México — sin que ninguno de los dos asumiera hasta ahora la publicación de sus libros? ¿crítica "pasada de moda"? ¿poesía menor? Ninguna de estas preguntas remite al problema ni lo explica del todo. Icaza no está pasado de moda ni es menor. Tal vez el olvido — insisto, Icaza era conocido por Alfonso Reyes, quien tanto hizo por él en los últimos años de su vida, por los "Contemporáneos", por los poetas de Taller, por mi propia generación. Sin embargo el hecho es que *no podíamos* conocerlo — sobre todo los nacidos después de 1914. Ciertamente, a raíz de su muerte, la familia intentó publicar sus obras completas; motivos económicos hicieron imposible que aparecieran más que unos cuantos tomos por desgracia mal distribuidos. Ahora a cincuenta y cinco años de su muerte, el Fondo nos permite conpenetrarnos de una obra excelente, múltiple, sabia y variadísima. Si ahora no leemos a Icaza no tenemos perdón.

En este comentario tocaré los puntos siguientes:

1. Biografía brevísima que el lector podrá completar leyendo el estudio preliminar de Castillo con el cual se puede discrepar en parte pero que, en conjunto, resulta el primer libro — ciento nueve páginas sobre el poeta y crítico; 2. El sentido de la crítica en la Icaza y las diversas modalidades de ésta; 3. La poesía de este hombre solamente cuatro años menor que Gutiérrez Nájera.

1. Los datos biográficos que proporcionan provienen todos del Estudio de Castillo. Nacido de una familia criolla que llegó a América — Panamá, Perú, México — en el siglo XVIII, Francisco A. de Icaza pertenecía a la alta clase media. Muy joven — a los diecisiete años — el poeta fue admitido en la Sociedad de Geografía y Estadística y pudo asistir a las sesiones del Liceo Hidalgo. Fue protegido de Altamirano, en buena medida de Riva Palacio y tuvo por maestro — de manera más o menos directa — a García Icazbalceta a quien admiró siempre como intelectual y crítico. En efecto, la formación de Icaza procede, como lo ve Castillo, del positivismo y se alía y algunas veces precede en su obra a los modernistas. Del positivismo conservó siempre el rigor: en el modernismo vivió en parte su obra. Ciertamente, como lo señala Castillo, el positivismo fue una expresión de la burguesía. Pero no creo que la palabra "burgues" sea suficiente para entender la obra de Icaza, sobre todo su obra poética. Sin duda existen relaciones entre Campoamor e Icaza pero, en conjunto no existen obras más disímiles que las de estos dos poetas. En 1886, a los veintitrés años de edad, Icaza es nombrado tercer secretario en la Legación de México en Madrid — había antecedentes diplomáticos en su familia —. Allí fue amigo de Azorín, Azaña, Blasco Ibáñez, Díez-Canedo; en realidad conoció a todos los escritores españoles de la época y llegó a formar parte vital del Ateneo. Castillo ofrece varias descripciones de los escritores españoles de aquellos días que retratan a Icaza. Escojo las de Manuel Azaña: "Recuerdo cómo Icaza llegaba al Ateneo, procedente de alguna recepción, de algún baile, y entrándose en un corro, al punto se convertía sin esfuerzo en director del coloquio. Era su hablar pausado, con algún titubeo, escogiendo los vocablos, y divertía en disparar tal cual malicia celebrada por él mismo, a par de sus oyentes, con risotadas alegres. Icaza gustaba de ser comprendido instantáneamente, con medias pa-

labras: el pazuato, el provinciano que no cazaba en el vuelo sus alusiones, promovían su enfado: sobre ellos descargaban los ojos de Icaza un rayito vengador, no siempre mudo, fulminante". Casó Icaza con doña Beatriz de León (1897), aristocrática, y, según todos los que la conocieron, mujer muy hermosa. Grandes años de gran producción y de ascenso diplomático; erudición impresionante que no sólo remite a la literatura de España y México sino a la de Portugal, Alemania, Rusia, y, naturalmente, Francia e Italia. Parte de la labor crítica de Francisco A. de Icaza consistió en divulgar en los países de lengua española las literaturas extranjeras — son excepcionales sus ensayos sobre Hebbel, Nietzsche, con quien tiene tantas afinidades, Lenau, Heine, Barrés entre otros — y en presentar a España a los escritores de México. Nombrado en Berlín, Icaza se empapa de cultura alemana — desde niño aprendió el alemán —. En los últimos años de su vida, sufrimiento tras sufrimiento llevado con estoicismo; alejamiento total del servicio diplomático después de la muerte de Carranza, penuria económica, dolor familiar por la muerte de una de sus hijas, Icaza, con todo, nunca dejó de escribir su obra, ya en la vejez, fue una buena medida, heroica y, nuevamente, múltiple (sus artículos periodísticos en España y México en parte obligados por problemas económicos nunca dejan de tener la altura de sus grandes obras críticas).

Ciertamente, Icaza regresó a México dos veces. En ambos casos redescubrió a su propio país, siempre presente, aunque, como bien dice Castillo, sin color local. Icaza, apasionado por los clásicos españoles y extranjeros — entre los españoles Góngora que Icaza hizo renacer en una época en que el olvido pesaba sobre el barroco — no dejó de sentir siempre una pasión por su tierra, por todo lo que fuera hispánico y una curiosidad continua hacia lo que sucedía en otras latitudes.

Cuando murió "todos los grandes nombres de las letras y las artes de España se unieron para mandar una carta de condolencia al Presidente de la República Mexicana" (Castillo, *Estudio preliminar*.)

2. Teoría de la crítica y modalidades de la crítica. Los libros fundamentales de Icaza en este terreno son *Las "Novelas ejemplares" de Cervantes, El Quijote durante tres siglos; Sucesos reales que parecen imaginados; De Gutierre de Ce-*

*tina, Juan de la Cueva y Mateo Alemán; Lope de Vega, sus amores y sus odios*. Entre sus ensayos más breves, aparte de los autores antes citados, destacan los que dedicó a Aretino, Góngora músico — interesante descubrimiento —, Darío, Campoamor y, por su virulencia, a Emilia Pardo Bazán. Sin embargo, antes de intentar averiguar algunas de las modalidades de la crítica de Icaza es bueno tratar de precisar su "teoría" sobre la crítica.

Con toda razón Castillo sitúa esta crítica en la tradición positivista; búsqueda de hechos objetivos, análisis históricos precisos, ausencia de teorías. Creo, con todo, que la idea de Castillo merece ser matizada. Por una parte una crítica propiamente positivista daría una gran importancia a la sociología o a la "física social" como la llamó Comte, su fundador. En la crítica de Icaza hay pocos análisis sociológicos. Su crítica es, en parte, histórica pero, ¿no es justamente la historia lo que negaba el positivismo precisamente para encontrar estructuras sociales más o menos constantes? Además, ¿es del todo cierto que no exista en Icaza una teoría de la crítica? Creo que existe y que puede precisarse a sabiendas de que no vamos a encontrar vastas construcciones abstractas.

A lo largo de su obra Icaza muestra su gran respeto hacia Sainte-Beuve. Buena medida para medir a un buen crítico. Pero, si queremos ser más precisos, debemos recordar lo que Icaza dice en su conferencia *Examen de críticos* pronunciada en el Ateneo de Madrid en 1893. Icaza piensa que la crítica es un fenómeno moderno que conviene "admirablemente a la humanidad de hoy, tan sabia y culta como curiosa y refinada". Icaza no podía afirmar en su tiempo que la crítica hubiera faltado en España — aun cuando en otros textos trata de demostrar, acaso con exceso, que la crítica cervantina desapareció durante más de un siglo entre "nosotros" — "nosotros", es decir, los hispanoparlantes o incluso ibero parlantes. Procede Icaza más bien por afirmaciones: la necesidad natural de la crítica en una época culturalmente desarrollada que tiene por capital los centros mismos de la crítica: Francia, cuando de letras se trata; Alemania cuando se trata de crítica científica. Veamos lo que el poeta y crítico tiene que decir de la primera. Si dejamos

aparte las formas puramente agresivas de los juicios literarios superficiales "existe otra crítica que interpreta los diversos sentimientos que agitan el alma moderna". Castillo sostiene, con razón, que la crítica ejercida por Icaza tiende a lo histórico y que está lejos de la penetración en la "intrahistoria" que desarrollarán Unamuno y, más recientemente, Américo Castro con su teoría de la "viduidura". Pero lo cierto es que Icaza no es solamente acumulador de datos, aun cuando sea un magnífico indagador preciso, generalmente exacto y puntual; también en algunos casos injusto. Le importa a Icaza recrear el pasado para revivirlo y sin ser un romántico como Michelet no está siempre lejos de una obra crítica que sea "revivificación del pasado". Así, por lo menos, en dos libros fundamentales: *Lope de Vega, sus amores y sus odios*, libro a la vez erudito y lleno de vida y pasión y en *El "Quijote" durante tres siglos* (todos sabemos que Icaza fue un renovador e impulsor de los estudios cervantinos). Regreso al texto de la conferencia de 1893. El verdadero crítico es el que "pone en su juicios algo personal que está en íntima consonancia con la obra que lo sugiere". ¿Positivismos? En efecto, si mediante este término queremos decir que Icaza practica una crítica extremadamente acusadora y erudita. Aparte del positivismo, la teoría de Icaza acerca de la crítica se acerca a los románticos y, en ciertos momentos —el caso de Lope, el de Góngora, el de los románticos alemanes— crítica que anuncia este modo de ver las entretelas de la historia —personal o de un pueblo— que Unamuno llamaría después "intrahistoria". Quiero curarme en salud. No sostengo que Icaza sea una suerte de pre-Unamuno; su espíritu es demasiado clásico para que esto fuera posible; sostengo, únicamente, que aparte de la crítica de los hechos hay en toda su obra una verdadera necesidad de entender esta "íntima consonancia" con un pasado vivo que vuelve a renacer en la obra del crítico. De ahí que Icaza piense que la obra analizada afecte diversamente a diversos "temperamentos". Si hay polisemia es, en buena medida, porque el temperamento de cada uno lee a los escritores mediante su propia afectividad si bien, naturalmente, existen en la obra leída puntos objetivos de referencia que nos permiten a todos entender

las obras del pasado y del presente mediante ciertos ejes de similitud. Si ésta es la actitud de Icaza crítico entendemos mejor su simpatía por Nietzsche vitalista cuyos pocos poemas Icaza tradujo magistralmente porque seguramente sentía hacia Nietzsche una especial afinidad. Afinidad, en este caso, de poeta. Icaza escritor parece creer que frecuentemente son los escritores los que hacen la mejor crítica. El escritor no es dogmático —la tolerancia es un valor importante para Icaza que no siempre fue tolerante— y el escritor sabe, cuando es crítico y escritor, que aprecia las obras extrañas porque "pueden dar vida a las propias". Sí, ahora entendemos la simpatía de Icaza por Nietzsche; también su respeto por el "gran Walt Whitman".

En suma, y para emplear "marbetes" tan sólo aproximados, la teoría crítica de Icaza es liberal —tolerante—, es positiva en cuanto a la exactitud y es vitalista en cuanto a la necesidad de que el autor analizado y el crítico que lo analiza sientan, converjan sabiendo que "el arte" es productor de "emoción estética".

¿Cuáles son las modalidades de esta crítica? De hecho van implícitas en lo que hasta aquí he escrito: profunda labor de investigación, capacidad de dar vida a la obra estudiada sobre todo en los casos de Lope y de Cervantes pero también y muy repetidamente a los escritores de la Nueva España y de México. La crítica de Icaza no constituye un escaparate de curiosidades biográficas. Hemos visto que no puede haber crítica sin una actitud vital; en este sentido, la crítica es precisamente *biografía*, estudio vivo de la vida. En el capítulo final de *El Quijote durante tres siglos* dice Icaza muy claramente y de manera reveladora: "ante todo fue humano y por eso es universal". Y si en la pluma de Icaza Cervantes está vivo no lo están menos Salas Barbadillo, Gutierre de Cetina, Menéndez Pelayo.

### 3.-Poesía

Rafael Castillo analiza muy cuidadosamente las relaciones entre la poesía de Icaza y la de los modernistas; analiza también, con claridad, los modos en que Icaza precede a los escritores posteriores a él —Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez juvenil. Remito al lector al *Estudio preliminar* de Castillo.

Quisiera tan sólo desarrollar algunos puntos que, a mi modo de ver, son definitivos de esta poesía de tono a veces menor pero de gran hondura y pasión sofrenada.

Icaza publicó tres libros de poemas: *Efimeras* (1892), *Lejanías* (1899), *La canción del camino: Cancionero de la vida honda y de la emoción fugitiva* (1922) donde reúne los poemas del segundo libro y un buen número de poemas nuevos o no publicados. En la actual edición se presenta por separado el primer libro y juntos todos los poemas de *Lejanías* y *La canción* —por cierto, los poemas de *Lejanías* fueron frecuentemente reescritos y Castillo ha preferido seguir siempre la última versión de cada poema.

"Vida honda", "emoción fugitiva"; términos que mucho nos dicen del temple de esta poesía serena en apariencia, apasionada en su fondo.

En *Efimeras* resaltan tres aspectos de esta poesía: perfección formal y modernidad; erotismo —tan infrecuente en nuestras letras; una idea del amor que acaso no se haya visto tal como es y que precisará algo más adelante.

*Efimeras* fue publicado en Madrid cuando Icaza contaba con veintinueve años. No anda descaminado Castillo cuando afirma que probablemente Icaza fue el primero en introducir el modernismo en España. Mucho tienen de modernistas estos poemas de exactísima factura. Abundan en ellos las referencias clásicas y cristianas, las notas impresionistas, los colores, la naturaleza transformada en espíritu y conciencia; no es infrecuente el dolor aunque ya desde este primer libro se advierte cierta actitud estoica que será una de las constantes de la poesía de Icaza: "Temo la compasión más que la mofa". Pero en efecto, está presente el erotismo a la vez preciso, delicado y matizado. Así en el poema "Ideales":

Yo la siento en extraño desvarío  
 Cuando amorosa hasta mi lado llega  
 Y llora mi pesar, por ser el mío,  
 O a los espasmos de mi amor se entrega  
 Encarnando el romántico albedrío  
 En las clásicas formas de la griega.

Este poema, escrito a los veinticuatro años —los poemas están fechados por el autor— el erotismo no puede ser más explícito. Hombre que sufre

—mucho sufrió el poeta si bien “fingió” “imperturbable calma”— es también hombre que desea: deseo erótico que culmina a veces en la posesión. Acabo de escribir “a veces”. Es muy frecuente que el “eros” de Icaza se vea frenado. A veces la amante es la ausente (“percibo tus contornos en la sombra, / Y oigo crujiir tu traje, que remeda / Rumor de besos al rozar la alfombra). Pero con frecuencia —es curioso que los críticos no lo hayan percibido— lo que el poeta canta —nueva forma del amor o también del erotismo— es el amor imposible. En un poema muy temprano (*Mi musa*, 1889) dice: “Canto cual Ventadorn”. Es bien sabido que Bernatz de Ventadorn fue uno de los grandes poetas de la literatura occitana. No es menos sabido que, admitamos o no la tesis de Rougemont según la cual la poesía occitana fue cátera en sus símbolos; es sabido que los trovadores —a los cuales Icaza cita en otros poemas— cantaron el amor mutuo imposible o desgraciado. Existe “el amor imposible del artista”; existe en busca de una pureza y una castidad que andan camino a la inocencia. Entre flores, enredaderas, sensaciones “vagas”, dentro de una forma perfecta (“No conocí el íntimo combate / Que el pensamiento con la forma libra...”) el poeta encuentra “el casto amor”, interioriza la naturaleza siempre muy presente y transfigurada en toda su poesía (“Dentro del alma sintiendo / Algo del paisaje mismo”), y en su interioridad —en las “Íntimas estancias”, suerte de moradas acaso paganas— encuentra el misterio: “misteriosas resonancias”. Encuentra, en verdad, su vida interior dirigida a lo blanco total, a la “inocencia” que “redime al que toca”.

Con la presencia de la interioridad se inicia *Lejanías*, segundo libro de poemas. Escribe el poeta:

También el alma tiene lejanías;  
hay en la gradación de lo pesado  
una línea en que penas y alegrías  
tocan en el confín de lo soñado:  
también el alma tiene lejanías.

En todo el libro poemas hermosos. No quiero olvidar el comienzo del poema “Invernal”:

Parece el mar de bronce, y sobre el cielo oscuro

la espuma de las aguas se levanta en los aires...

¿Adónde va el viajero,  
si el tiempo no es propicio para cruzar los mares?

El viajero, el poeta, encuentran este mar justa y exactamente propicio: “propicio para cruzar los campos / y atravesar los mares”.

El poeta, muchas veces triste y grave en su obra madura, se encuentra en su viaje con el viento-poeta lleno de “la más extensa gama de las canciones”. Predomina cada vez más la soledad:

Aunque voy por tierra extraña  
solitario y peregrino,  
no voy solo, me acompaña  
la canción en el camino

Parece que la poesía es la única salvación del hombre solitario que navega y camina por el mundo. En poemas crecientemente rigurosos —también más cercanos a la poesía popular— Icaza, entre “paisajes vistos” y “paisajes de ensueño” vive su poesía como vivía a los autores que analizaba en su obra crítica. Otros serán más “hábiles” y “activos” al componer sus versos; Icaza dice: “yo los vivo”. Así, también, en el poema “Blasón” que copio entero:



Es égida  
y estandarte  
de mi arte: vida;  
de mi vida: arte.

¡De qué modo,  
al hallarte,  
hallé todo:  
vida y arte!

¿Optimismo? Icaza vivió el dolor a fondo pero siempre “fingió” su “imperturbable calma”. Icaza cantó brevemente los campos y aldeas de Castilla. Cada vez estaba más desolado. Así en su abandonado parque:

Por los despostillados y musgosos  
pretils  
del fangoso canal  
trepan hierbas manchadas como piel  
de reptiles  
entre los que se mecen los cálices  
abiertos  
de unas flores enormes del color de  
los muertos,  
flores de la tristeza del paisaje oto-  
ñal.

El último libro de Francisco A. de Icaza termina con un poema extraordinario: el *Epílogo panteísta* que lleva por subtítulo *Sensación de regreso*. Icaza sintió como propia la tierra de España; nunca olvidó —lo demuestra en abundancia su obra crítica— la tierra en que nació. El *Epílogo panteísta*, pone de manifiesto su emoción al volver a México durante unos meses. Poema hermoso del cual citaré solamente cuatro versos:

Hoy, enfermo y cansado, temí que  
mis despojos,  
con las manos cruzadas y cerrados  
los ojos,  
llegaran hasta ti; por eso vine antes,  
para mirar de nuevo tus estrellas ra-  
diantes.

El poeta quiere volver al origen, a la tierra “madre”. Su propia tierra, sin duda. También toda la tierra que han recorrido el marinero y el peregrino.

Francisco A. de Icaza, gran crítico. Poeta: pero ¿quién ha dicho que poeta menor? Espléndido poeta que supo, con rigor, pasión y recato, hacer de su vida poesía y unificar la poesía y el arte.